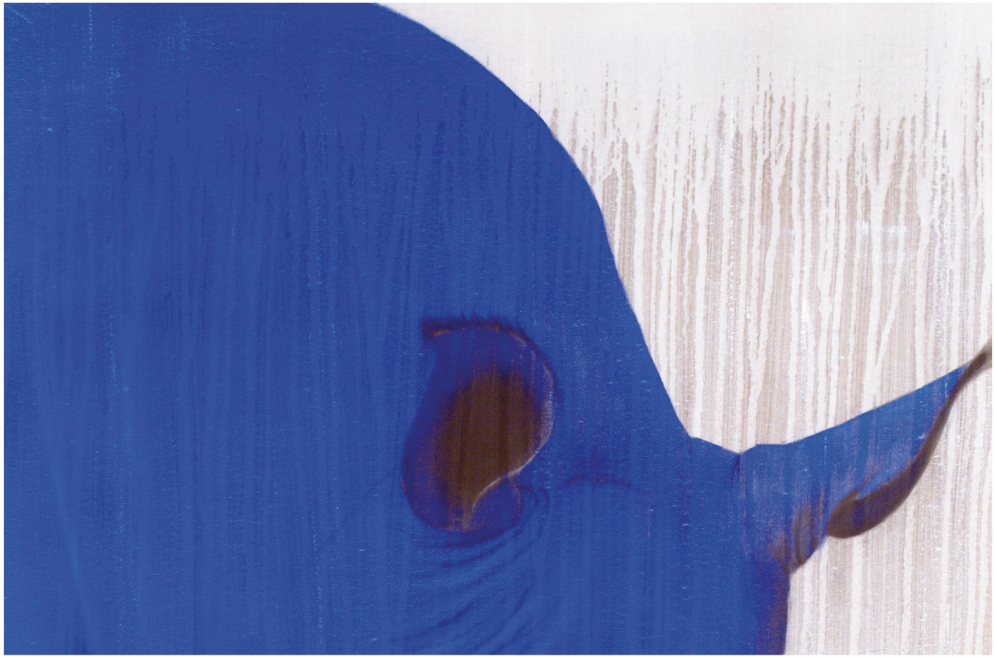
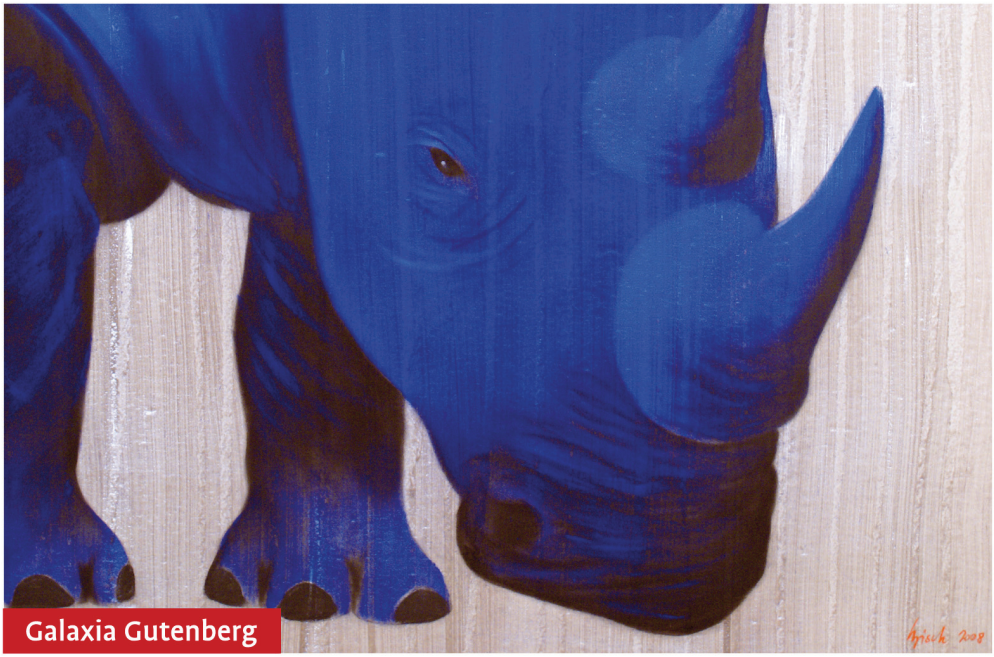


Lawrence Norfolk

El rinoceronte del Papa



Galaxia Gutenberg

Lawrence Norfolk

El rinoceronte del Papa

Traducción de
Javier Calzada

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Pope's Rhinoceros*
Traducción del inglés: Francisco-Javier Calzada Jiménez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio 2017

© Lawrence Norfolk, 1996
© de la traducción: Francisco-Javier Calzada, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 13462-2017
ISBN: 978-84-17088-31-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Vineeta

Agradecimientos

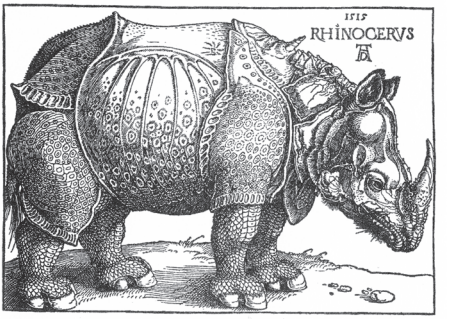
Debo dar las gracias a Thomas Harder por su traducción del italiano del relato del saqueo de Prato que escribió Iacopo Modesti, testigo presencial de los hechos; al profesor Hermann Walter, de la Universidad de Mannheim, por haberme facilitado una copia de la *Historia Senensium* de Sigismondo Tizio, hallada en la Biblioteca Vaticana por su colega Ingrid D. Rowland, de la Universidad de Chicago, y a los componentes del Kronos Quartet por su transcripción del cuarteto para cuerda *Purple Haze* de Jimi Hendrix.

Todos los peces comen. Todos los peces desovan. Pocos peces desovan donde comen.

Arne Lindroth

I

Vineta



Este mar fue en otro tiempo un lago de hielo. Altas montañas dominaban una llanura glacial cubierta de nieve helada y erosionada por el viento polar. Las cubetas graníticas se curvaban bajo el peso enorme del hielo recortándolo en costas irregulares. En un futuro entonces aún lejano, los detritos y los grandes depósitos de guijarros darían fe del tortuoso deslizamiento cuesta abajo de la masa de hielo sobre la roca y la arenisca soterradas; morrenas y colinas aborregadas fruto de los avances y los retrocesos que abren trincheras y desplazan riscos. El fondo marino quedó dispuesto aquí mucho antes de que existiera un mar para cubrirlo. Y entretanto llegó el reinado del hielo.

Las fallas y fracturas se restañaron y soldaron, haciéndose invisibles hasta que los golfos de Botnia y de Finlandia, de Riga y de Gdansk, dejaron de poder distinguirse de la cuenca central que los unía. Las ventiscas del norte aportaron sus mantos de nieve, que fueron compactándose y ganando en grosor hasta hundir bajo su peso la mismísima corteza terrestre. Venas de crudo helado se proyectaron como los cabos de una flota hundida, formando bucles y empalmándose en la oscuridad muy por debajo de la superficie. Las arenas acribillaron la masa de hielo, surgiendo desde abajo como por efecto de una voladura que las separara de la tierra y las dejara suspendidas en el aire; temblaron las rocas y quedaron inmóviles en la oscuridad de aquella catastrófica helada. Nada respiraba allí. Debió de ser entonces el lugar más muerto de la tierra.

Pero he aquí que algo interrumpe la superficie: un pálido disco de luz que germina en el firmamento moteado de nieve, sugiriendo una inclinación radical hacia el eje inferior; que los vientos dan paso a las ráfagas y los violentos remolinos, que los gigantes de hielo ululan en la noche. Dos centímetros y medio de cieno marcan un millar de años, un eón significa un solo grado de arco, y a esta escala se desarrolla el deshielo. Seguirá un centenar de siglos de hielo crujiente, una era de resis-

tencia glacial hasta que el resplandor cristalino se funda en capas líquidas que rezuman y se extienden hacia el norte a través de la helada superficie para hacer de ella un espejo en el que el sol pueda verse reflejado. La luz bate el hielo y arranca de él fulgores deslumbrantes, a la vez que envía densos frentes de aire caliente contra el frío polar. Los regueros de aguas fundidas serpentean entre el hielo y las rocas, se congelan y se funden de nuevo. Las noches son aún muy frías y desgarrarían los pulmones de cualquier animal tan insensato como para aventurarse en esta extensión desolada, donde el viento que azota el paisaje convierte en piedra el pellejo y la carne. Un cielo centelleante contempla los cambios de las noches, que son detritos de guijarros, piedras atrapadas en una salmuera de escarcha. Hay zonas adonde el sol no llega jamás y donde las sales, por efecto de la presión, se extienden como polvo por la superficie.

Pero los días se alargan cada vez más, las sábanas de agua se extienden, suben las temperaturas medias y aventan las nieblas que se alzan a borbotones del hielo resplandeciente. Ocultas venas de agua bajan goteando en hilillos que se encuentran y juntan en las superficies rocosas adonde el sol no llega y que actúan como una poderosa palanca para desalojar la masa helada de su estuche pétreo. Millares de kilómetros cuadrados de hielo flotan en dos dedos de agua. Y diferentes formaciones comienzan a aparecer en los extremos. Grietas y cañones hienden la superficie y serpentean hacia delante cortando inmensos bloques cristalinos que, una vez sueltos, tiemblan y se colapsan. El agua fluye por el fondo de barrancos de mil metros de profundidad, socavando los niveles inferiores de la masa de hielo y creciendo poderosamente hasta que el bloque entero queda surcado por grandes ríos alimentados por la creciente fuerza de su acción corrosiva. El paisaje resuena con el sordo fragor de columnas y arcos de hielo desplomándose: el trueno inaudito de un millón de ruinas. Riscos cristalinos se hunden y asientan en lagunas que se hacen cada vez más alargadas y elevan el nivel de sus aguas, que se transforman en fisuras..., hasta que ya no puede decirse que el territorio sea sólido o líquido, puesto que es en realidad un archipiélago de icebergs a la deriva menguando en el mar de sus propios cuerpos disueltos, y una bruma tan cargada de humedad que tampoco es ni aire ni agua. Montañas flotantes colisionan en la verde luminosidad que se percibe bajo las aguas y lanzan balsas a la superficie que el sol se encarga de fundir en seguida. Pequeños témpanos son acunados por las olas a la espera de que los rayos luminosos

se los lleven al cielo en forma de nubecillas que se extienden en filamentos, se parten de súbito y desaparecen. Donde estuvo el hielo ahora sólo hay agua.

Aun así, es una vasta extensión vacía. Más templada, más fluida..., pero los entrantes se extienden por el norte y el este, y el cuerpo central se curva primero hacia el sur y luego hacia el oeste mucho más que antes. El cambio es local, confinado a la parte más occidental del estrecho, o perceptible sobre todo allí. ¿Son menos señeras las montañas del norte, menos numerosas las islas Åland? ¿Está más hundida que antes la fosa de Landsort? La subida del nivel del agua es cuestión de unos pocos palmos en un paisaje de leguas, el producto de variables coeficientes –el agua se expande, el hielo se contrae–, y esto solo no basta para inundar islas o elevar montañas. El movimiento se produce en niveles más profundos, va mucho más allá. Se ha quitado un peso compacto y una tierra antes oprimida se levanta, inclinándose hacia atrás y vertiendo las aguas hacia el sur y el oeste, hacia los Belts y el Sound de Zelandia. Los bajos replanos rocosos parecen encogerse ante el lento emerger de las aguas lacustres y son superados en cuanto el deshielo alcanza las ensenadas más septentrionales. Se abre una brecha y el agua se precipita hacia el oeste para reunirse con el gris hirviente de un océano que lleva aguardando millones de años esta aportación del último de sus tributarios. Las tierras bajas y rocosas apenas ofrecen resistencia a la inundación; siempre se supo que aquellas llanuras estaban destinadas a ser lecho marino. Más rápida ahora, hinchándose y derramándose por las estribaciones, forzada por la inclinación de la cuenca que la alimenta por detrás, la inundación sigue los contornos más bajos para encontrarse con el gran océano. La atormentada costa se ve cercada y rebasada en un instante extraordinario cuando la primera lengua de agua sale de entre las dunas como un regato, baja a la playa, se junta con las mansas olas rompientes y prueba por primera vez el saborcillo salado del océano. Surgido de la brecha apenas una hora antes, es el mar más joven del planeta.

La barrera de más de mil quinientos kilómetros de roca que separa del océano los golfos del norte va acumulando nieve en la oscuridad del prolongado invierno. La primavera trae aguas fundidas que caen por las laderas de las montañas y recorren torrencialmente los barrancos. Una capa freática de distantes mesetas y desolados páramos alimenta los grandes ríos hacia el norte y el este. Las lluvias son frecuentes, aunque rara vez prolongadas. Luego los cortos y cálidos

veranos dan paso a unos otoños de continuas lloviznas. A los primeros hombres que contemplaron estas aguas debieron de parecerles plácidas: un mar templado, abundante en cañaverales. En el extremo más meridional de su costa –porque llegaron desde el sur– las aguas formaban caprichosos meandros, proyectando intrincados bancos de arena frente a ella y desnudando la arenisca roja a la violencia de las tremendas galernas invernales. Piadosos sedimentos de arcilla sanaron las cicatrices producidas por el hielo en las rocas graníticas del fondo marino, el brezo purpúreo cubrió los largos montículos de las morrenas glaciares y los grandes cantos erráticos, hasta formar un frente costero pantanoso. Las aguas eran tranquilas, y los espesos bosques de robles y hayas, a través de los cuales debieron de viajar para llegar a ellas, les hubieran suministrado en abundancia troncos para construir una nave. Pero algo los asustó y los desvió hacia el este, y siguieron la costa en lugar de cruzar hacia el norte aquel mar. Algunos viajes son irresistibles; otros no son más que meras pisadas. Lo cierto es que volvieron sus curtidos rostros hacia los misterios del interior y dejaron a sus espaldas las vagas corrientes, las plácidas convecciones y murmullos. La deriva.

Este extraño y manso mar, orlado de cañaverales y asentado en una cuna granítica donde todavía lo mece la resaca de la aportación de los hielos, salpicado de islas y cerrado por pétreas costas en el norte, alimentado por las nieves fundidas y las aguas de lluvia, casi cerrado tras la prolongación de la península..., mantiene aún cierto aspecto lacustre: un desbordamiento de agua detenido al borde del océano, helado en el instante de unirse a él. La gran masa impetuosa del Atlántico lo llama desde el otro lado del estrecho, pero este su más reciente dominio sigue apegado a su anterior ser, a una calma que lo preserva y hiela. Débiles corrientes que penetran por el Skagerrak y el Kattegat hablan de lejanas tempestades océanicas, pero la mayoría de sus perezosos movimientos se deben al ímpetu que le comunican sus nieves y lluvias. Estas espumosas aguas amarillentas que carecen casi de sal y de corrientes, están prácticamente estancadas en las profundidades de Arkona o de Landsort. Los golfos septentrionales aún siguen helándose cinco inviernos de cada diez. En suma: es un mar que conservará para siempre el carácter del hielo que lo formó.

Aquellos primeros hombres no regresaron nunca. Las turberas empantanadas, las parameras y los hayedos permanecieron deshabitados durante siglos, mientras los peces entraban por los Belts, desovaban en

las salobres aguas y engordaban a base de caracoles marinos, parduscos camarones, erizados gusanos y cangrejos de caparazón blando. El salmón atlántico llegó corriendo hacia el este, junto con la trucha marina y el tímalo, para desovar en los grandes ríos, cuyas bocas se obstruirían en verano con los cuerpos de las lampreas muertas hasta que las estridentes gaviotas y los mergos las sacaran del agua con sus picos. Platijas, gallos, anguilas y peces globo ramoneaban los fondos marinos, en tanto que los gobios, lucios y albures se movían en las frescas corrientes superficiales. Los bacalaos que acudían a desovar en la fosa de Arkona engordaban devorándose unos a otros. Y los arenques de primavera y otoño fundaron sus colonias en las aguas poco profundas que rodean las islas de Rügen y Usedom. Millones y millones de seres flotaron, nadaron, se reprodujeron y murieron sin que nadie turbara su existencia antes de que las primeras quillas cortaran las olas encima y bajaran las redes a sacar la fecunda cosecha del mar. Invasiones, batallas y matanzas no eran más que un vago clangor: confusos golpes que resonaban en el mortal aire; y los lívidos cadáveres se hundían mansamente en las aguas, observados por los ojos curiosos y sin párpados de las criaturas marinas. Mástiles y tablas flotaban a la deriva lejos de las devastadas costas. Formas vagas se hundían entre los escollos.

Las vidas de los arenques se mantenían ajenas a estas interrupciones; los flexibles ciclos de alimentación y cría se ampliaban y dilataban para permitir sus idas y venidas. Las tormentas, en el pasado, no habían traído más que el insignificante reto de duelas sueltas y remos partidos. Cuando el viento batía la superficie, se hundían en las aguas: bancos enteros que iban a refugiarse al abrigo de la pared rocosa hasta que el oleaje se amansaba y subían de nuevo a alimentarse. Pero esta vez la tormenta fue distinta: al descargar, sus primeras sacudidas, que la llevaban lejos de ellos, no fueron diferentes de otras ya conocidas, aunque su fuerza excedió a cualquier otra. Se sumergieron y aguardaron, pero la tormenta no cesaba de enturbiar las aguas y batirlas estruendosamente por encima de sus cabezas, con golpes dolorosos que alcanzaban profundidades mayores que nunca. Y en el mar libre frente a las costas de Usedom, se estremecieron mientras la tempestad arrancaba hierbas y algas marinas, lanzaba turbias nieblas de arcilla desalojadas de los fondos y estrellaba su violencia contra las profundidades. Jamás sospecharon el trueque que estaba produciéndose arriba, tan obstinadamente rechazado por el banco de arena que corría paralelo a la costa: aquella lucha sin cuartel en la que las olas trataban de arran-

car a la tierra con sus garras un don para ellos. Porque las zarandeadas criaturas de la superficie estaban entregando un enorme tributo a aquellos bancos de peces a la espera, mayor y más complejo que nunca, diferente en volumen y género, y también mucho más duradero.

Para los arenques, las ciudades costeras eran compactos bloques de secretos, bocas de túneles que emergían de noche bajo un cielo sin luna. En ellas confluían estelas que las unían unas con otras, abriendo surcos que se cerraban y volvían a abrirse cuando las naves pasaban por arriba con sus sordos ruidos y con la presión de los cascos hurgando torpemente en las profundidades como modestos aguaceros camino de otra parte. Los arenques las seguían de regreso a puerto y sufrían una muerte oscura en las redes que eran izadas a bordo con los peces mayores debatiéndose en su centro, tratando de saltar para liberarse y asfixiándose cuando las cuerdas de la red se apretaban sobre sus agallas. Un sucio manto de espuma, más denso alrededor de los muelles que se adentraban en el mar como una prolongación de la tierra, ocultaba estos lugares a los ojos fisgones de los arenques. Semejante tráfico, semejante apiñamiento de criaturas solitarias... Debían de tener mucha hambre esas ciudades. Pero... más allá de aquel oscuro buche, del extraño tensarse y morir de las corrientes..., ¿dónde estaban los dientes, su garganta, su estómago?

Ocurrió así. Se oyó primero como un lejano retumbar de la tormenta enfurecida, y de pronto se produjo un enorme desmoronamiento o colapso. Del agreste acantilado se desprendían grandes masas de arcilla. Rocas de arenisca rodaban sueltas y se precipitaban por la pendiente para caer en el fondo. Los embates del agua fueron llevándose nuevos materiales, hasta que el peso de los superiores se hundió sobre sus propios cimientos y lo arrastró todo consigo. Un enorme hundimiento, un súbito aumento de presión, arcilla cegando y taponando sus ojos y branquias, y disipándose después para revelarles las dimensiones de la catástrofe. Y allí estaba, incomparablemente mayor que el mayor de los barcos, aquel esperado misterio, tan enigmático como cuando les fue ofrecido, tan extraño e insondable para ellos como el día en que se precipitó en el lecho del mar. Allí estaba, por debajo del banco, con todos sus moradores, edificios, carros y ganado, extendiéndose mucho más allá de cuanto podían ver sus ojos, con el hedor que sólo habían percibido antes como un husmo lejano. Allí estaban, poderosos y densos, todos aquellos tentadores efluvios, mezclados unos con otros, recorriendo en oleadas las aguas. Aguardaron y notaron que éstas recu-

peraban otra vez su calma en la superficie. Podían ver los gruesos cuerpos plateados de sus congéneres que daban vueltas de acá para allá ante aquel inesperado regalo. Hasta que unos pocos fueron los primeros en agitar sus colas y dirigirse hacia el fondo. Las brutales criaturas que vivían arriba les habían entregado como tributo una ciudad entera.

Los arenques más viejos comenzaron a nadar entre sus habitantes, rodeando sus templos y contemplando desde arriba sus mercados. Entrando y saliendo por puertas y ventanas encontraron a los torpes gigantes de flotantes ropas que paseaban antes por aquellas calles sumergidas. A merced de las corrientes, semejaban ahora más plantas que hombres. Los arenques subían, volvían a hundirse y subían de nuevo. Otros bancos de peces comenzaron a congregarse a su alrededor. Arriba, las aguas resplandecían con una infinidad de alevines. Jamás olvidarían aquel pacto sellado en la tempestad. Con el tiempo acabarían familiarizándose con aquella ciudad tanto como con el propio fondo marino, hasta no distinguir una de otro.

Tributos y tiempo: los fucos se acercan cada vez más a la costa, el mantillo de los suelos flocula y es transportado por el oleaje. La práctica ausencia de mareas significa la supervivencia de los paisajes bajos e improbables islas. Dientes de tiburón y mandíbulas de ballenas son los huesos más antiguos del mar. Los sargazos rotos van a la deriva y son llevados por los vientos del norte a los estuarios y lagunas costeras. Mientras tanto, las lonas hundidas se arremolinan en el fondo del mar, y las copas y brazaletes metálicos brillan y se eclipsan. Astas de lanzas, vainas, sogas y sacos de grano toman sus trayectorias particulares a través de los fondos insondables. Los cascos destrozados de naves se bambolean entre dos aguas mientras los mástiles se hunden en picado, pero todos acaban desnudos en el lecho del mar. Todas las criaturas de la superficie se hunden. Si el hielo era una barrera infranqueable para todas ellas, el mar que ha venido a sustituirlo las acepta todas: un veneno mucho más sutil, porque todo acaba hundiéndose. Así lo entienden los arenques. Pero desde que se hundió la ciudad –y de ello hace ya un centenar de generaciones– jamás se han apiñado en un grupo denso y curioso como ahora. Los tributos que llegan de arriba son siempre sorprendentes y zafios, torpes y contrahechos. Esta vez no es ninguna excepción. Y, sin embargo, el de ahora ni se hunde ni flota, sino que parece suspendido en el mar como ellos mismos. Se acercan más y la cosa empieza a dar sacudidas; sienten agitarse las

aguas a su alrededor. Un sonido estruendoso retumba y sacude sus otolitos, con lo que sus aletas comienzan también a estremecerse. Es casi invisible en la lobreguez de las profundidades... Y algo cuelga por debajo de ella. ¿Qué será? ¿La clave, finalmente, del misterio de la ciudad hundida? De la cosa sale algo que serpentea hacia arriba; que se tensa de súbito cuando están dando lentamente vueltas a su alrededor, para aflojarse y desaparecer luego. Los peces mayores embisten al intruso. Éstas son aguas de arenques, y el nivel, el de aguas más frías. Pero tal vez estaban equivocados, porque hete aquí que parece que ahora se hunde decididamente, que cae dando vueltas hasta perderse de vista más abajo. Lejos, donde las corrientes de profundidad se encargarán del misterioso tributo de arriba, empujándolo en el seno de esas aguas sin sal alimentadas por manantiales de nieve fundida, torturadas aún por el recuerdo del hielo, azotadas por los dientes de sierra de las costas: llevándolo a lugares más tenebrosos, más profundos..., hacia la ciudad sumergida. ¿Perdido ya? No, no del todo. Los romos hocicos de los arenques chocan contra sus costados. Es su curiosidad la que lo aguanta, aunque la propia naturaleza mágica del objeto parece empujarlo hacia arriba. Pero... ¿qué es? En este mar de arenques se está hundiendo un tonel, y dentro del tonel hay un hombre.



Habían estado trabajando en la charca de Ewald, entre las resbaladizas algas y las esquenas de peces muertos. Islas de inmundicia empujadas hacia allí desde el hayedo y que despedían un olor pestilente con los restos de peces medio podridos y el agua estancada que se escurría de su superficie espumante. Se extendía detrás del cobertizo donde ahumaban los arenques, que estaba a unos cincuenta metros de la playa. Dos veranos atrás, Ewald intentó desecarla. A la izquierda, el terreno caía en fuerte pendiente; una zanja abierta a través de los pastizales y el blando lecho de tierra húmeda serviría para desaguar la charca. Pero las paredes de la zanja se habían desmoronado al día siguiente y la charca había vuelto a formarse. Al regreso del mercado de Wollin, Ewald contempló su reaparecida ciénaga. Fue a buscar cerveza y se

sentó a beberla detrás del cobertizo de los arenques. Luego, cuando la borrachera lo sumió en un furioso malhumor, armó sus trampas para zorros y las arrojó una por una a las aguas estancadas, para asegurarse de que nunca volvería a ceder a la tentación de emprender otra vez semejante empresa de locos. Allí dentro estarían aún, listas para saltar. Se lo había advertido a aquellos dos, en un intento de desanimarlos, pero no desistieron de su empeño.

–¡Más arriba, Bernardo! ¡Más arriba!

Habían construido una especie de grúa, pero no funcionó como querían, y ahora habían unido tres postes para formar un trípode y apoyar en la horquilla de su parte superior un travesaño más largo, que hacía de balancín y servía para el mismo propósito. De uno de sus extremos colgaba un tonel, suspendido sobre la charca. Al otro extremo se había encaramado Bernardo, que gateaba arriba y abajo obedeciendo las órdenes que le llegaban en sordina desde el interior del tonel. Habían calafateado bien las duelas y abierto un ventanuco en uno de los lados para encajar en él un pedazo de vidrio hurtado en Núremberg. Y por último lo habían revestido con una gran funda de cuero, atada por la parte de arriba y en el ventanuco.

–¡Ahora abajo, Bernardo! ¡Abajo!

Oyó un tremendo castañetazo cuando el tonel golpeó el agua; lo sintió hundirse y, después, inmovilizarse con casi un palmo de tonel sobresaliendo de la superficie y la línea de flotación partiendo en dos mitades la mirilla. El tonel en cuestión lo habían tomado en préstamo del almacén de Ewald..., e inevitablemente apestaba a pescado. Tenía algunas rajas también. Observó el travesaño del que estaba colgado, cuyo extremo se perdía por encima de su cabeza, y a Bernardo abrazado a él como un osezno ya talludo. Intentó enviarle un saludo con la mano, y el tonel cabeceó alarmantemente. Un lastre de balasto remediaría aquella inestabilidad. Bernardo le devolvió el saludo, con un amplio y extravagante manotazo..., que no fue en realidad otra cosa que el desesperado ademán que hizo al perder su asidero, caer y soltar el poste. El extremo más alejado del travesaño se empinó; el otro cayó pesadamente... Puso en tensión sus músculos... *¡Patam!* Un impacto directo en el tonel, que se ladeó primero lentamente y, después, volcó..., dejándolo patas arriba y aterrado en una oscuridad total.

Después, tras retirar el cepo para zorros del pie de Bernardo, mientras los dos se secaban tiritando frente al fuego, al considerar las reparaciones que necesitaría su navecilla, ahora embarrancada en la orilla

de la charca y perdiendo lentamente agua por sus grietas, se vio obligado a reconocer que dar un puñetazo al cristal había sido el recurso más pintiparado para trocar el fracaso en desastre.

–¡Esto era de esperar desde el principio! –murmuró Bernardo. No pudo reprimir un grito de dolor al separar las uñas del cepo.

Había sido tan repentino, tan veloz el descenso en las tinieblas del agua... Y aquella oscuridad que lo envolvió en seguida... El agua y su propio terror lo asfixiaron de golpe, se disolvieron el uno en la otra y de pronto el mundo quedó cabeza abajo. No podía resistir ni un segundo: tenía que salir. Había desencajado el cristal del ventanuco, y el agua había irrumpido al interior del tonel. Se sentía como atornillado allí dentro. Empezó a golpear las duelas, a gritar, pero sólo consiguió despellejarse los nudillos mientras el agua seguía subiendo..., un agua espantosamente espesa, como si fuera melaza. Aquella insensatez suya de desprender el cristal presa del pánico había obligado a Bernardo a acudir apresuradamente hasta donde se hallaba para rescatarlo.

–¡Calla ya, Bernardo! –le dijo ahora.

Había estado de suerte. No tanto porque Bernardo decidiera acudir en su ayuda..., porque Bernardo no conocía el miedo y era inimaginable que se lo inspiraran unas vulgares trampas para zorros...; podía contarse con él en un apuro... Tampoco por su forma de realizar el rescate, que fue la más directa: levantar simplemente el tonel con su contenido y llevarlo a la orilla de la charca... La fortuna le había favorecido en la persona misma de Bernardo. Porque él, por ejemplo, apenas podía mover aquel invento suyo en vacío y sobre tierra firme. Su compañero, en cambio, medía casi dos metros diez de estatura y tenía la constitución de un roble; alzó en volandas el tonel lleno de agua, con él dentro, y lo sacó a tierra vadeando la charca con el pie atrapado en un cepo para zorros. Bernardo no era listo, pero era grande.

Más tarde, hambrientos y ateridos en sus ropas húmedas, respirando el humo de un fuego caprichoso, los dos se tumbaron a descansar. Durante un rato reinó el silencio en el interior de la cabaña, roto sólo por las vueltas que daban intentando encontrar una postura para conciliar el sueño. Pero ninguno de los dos dormía. A la mañana siguiente volverían a colocar el cristal en su sitio y experimentarían con el tonel lastrado con piedras. Pondrían en su trabajo un entusiasmo más tenaz aún para prepararse y cobrar nuevos ánimos..., y él, en particular, para desterrar de sí la comezón del temor que le hacía sentir interiormente el recuerdo de su reciente fracaso. Aquella charca no era nada en com-

paración con el mar, cuyo oleaje se había ido adentrando más en el cercano estrecho durante las semanas que llevaban allí, en un continuado ascenso que a veces le parecía una incitación y, otras, una advertencia. Ewald había accedido a prestarles su barca para dentro de dos días. Nervioso, se dio la vuelta sobre el suelo húmedo y oyó a Bernardo hacer lo mismo. Al cabo de un rato, su compañero se incorporó. Estaban despiertos los dos y era inútil fingir lo contrario. Sabía perfectamente lo que iba a seguir.

–Cuéntamelo otra vez –le pidió Bernardo–. Háblame de la ciudad.

Habían estado entrenándose en la charca de Ewald, pero sin éxito. Era profunda y de aguas tranquilas, aunque negras como la noche, y por poco se ahoga. Respiró hondamente y contempló el fuego. La ciudad... La tenían ya demasiado cerca para poder albergar dudas de su existencia. Pasado mañana estaría dentro del tonel, hundiéndose en las profundidades del mar en busca de Vineta. Y ya no habría nadie cerca para rescatarlo y poner a salvo su rechoncha nave. Apoyada contra la pared de la cabaña podía ver la cabeza cortada de un pez monstruoso, con la negra boca abierta como si se dispusiera a devorarlo. Junto a él, en el suelo, el cristal reflejaba las llamas del fuego. En el hogar ardían crujientes astillas de roble, que lanzaban un áspero humo blanco hacia las vigas de las que colgaban, atados a cuerdas, los arenques de Ewald. Era el mismo olor, la misma escena... Salvestro revivió la imagen de su madre hundiendo el cuchillo en los blancos vientres de los peces y arrancándoles luego las tripas como si fueran un puñado de gusanos.

–¿Sí? –insistió Bernardo.

Salvestro suspiró otra vez.

–Había una ciudad –empezó–, que para los hombres y mujeres que vivían en ella era la mayor ciudad de la tierra. Hubo una guerra que duró cien años y una gran galerna que no cesó en toda una noche...

—¡Eh! –le interrumpió Bernardo–. Olvidas esa parte que dice cómo era la ciudad.

–¡Pero si te he repetido esta historia un montón de veces, Bernardo...! –replicó–. Si tan bien la sabes, ¿por qué no te la cuentas a ti mismo?

–Cuéntamela como Dios manda. Sin dejar cabos sueltos. ¿Quiénes eran sus habitantes?

–Gentes del mar –prosiguió Salvestro–. Sus habitantes eran pescadores, marinos, piratas, y levantaban sus casas en las marismas. Construyeron grandes ciudades para defender las bocas de los ríos y las principales estaban rodeadas de empalizadas de gigantescos troncos,

con cuatro enormes puertas. Su mercado de esclavos ocupaba una fanega de tierra, y en él se daban cita mercaderes llegados de todas partes: en barco desde las tierras del helado norte, a caballo y a pie de los secos valles del sur y de las llanuras del este. Creció hasta convertirse en la ciudad más rica del mundo...

Salvestro había encontrado el ritmo de su narración. Ocurrió esto..., ocurrió aquello otro... El relato avanzaba por sí solo. Continuó:

–Las gentes de esta ciudad amontonaban plata en sus templos y cada casa de las que se alzaban a ambos lados de sus calles empedradas tenía una mesa que crujía bajo el peso de los alimentos. Desde todos los puertos del mundo venían tropeles de comerciantes deseosos de compartir los bienes sobrantes y, con el tiempo, el nombre de la ciudad llegó incluso a significar abundancia. La llamaron Vineta, y era el lugar más próspero y en paz que uno pueda imaginar.

–Así está mejor –aprobó con un murmullo Bernardo–. Es uno de los trozos mejores... Lo de la comida y los templos rebosantes de plata.

–Sí –asintió Salvestro. Se recordaba a sí mismo de niño, con el cuerpo inclinado para no perder ni una sola de las palabras de su madre mientras le hablaba, desde el otro lado del fuego, de la ciudad de sus antepasados y de sus riquezas. ¡Cuántas visiones fabulosas de ella se formaron en el humo, proyectándose contra las paredes de la pobre cabaña que era entonces su hogar! Ahora era Bernardo quien se inclinaba hacia él para beber de sus labios las mismas palabras–. Y entonces llegaron otros pobladores –añadió.

–Enrique el León –dijo Bernardo–. Y sus soldados.

–No, Bernardo... Estás haciéndote un lío. Enrique el León vino más tarde. Escucha la historia o te la cuentas tú solo. Los primeros fueron... –Hizo una pausa, no muy seguro de si su madre le había dicho o no que fueron precisamente los primeros. Tal vez lo hubiera olvidado–. Colonos –afirmó con autoridad–. Dieron a estas tierras el nombre de Nueva Plantación. No eran muchos al principio. Construyeron iglesias y drenaron las marismas. En cualquier caso –siguió, recuperando el hilo otra vez–, talaron los bosques y sembraron heno para sus vacas. Luego empezaron a llegar más y más, y mostraron su odio por las gentes que habitaban aquí antes que ellos. No cesaban de murmurar maldiciones contra sus templos y contra su dios, Svantovit, hasta que Svantovit los maldijo a su vez. Y entonces se inició una guerra.

–La guerra que duró cien años –musitó Bernardo.

–Sí –intervino Salvestro–. Cien años, mil batallas..., y que concluyó aquí, en la isla. Con la llegada a Vineta de Enrique el León.

Al llegar a este punto, su madre hacía a veces una pausa. Otras, iba directamente a la narración de lo sucedido después.

–Acamparon en el continente, Bernardo..., cerca del lugar por donde cruzamos nosotros el canal para llegar a la isla. –Su compañero asintió en seguida, deseoso de que prosiguiera el relato. Pero ahora se le notaba más reticente: aquella parte de la historia era bastante más extraña que la anterior–. Desde allí podían ver el humo de los hogares de Vineta, y el mar estaba helado. Pudieron haber cruzado aquella misma noche, pero se detuvieron. No sé por qué. El caso es que montaron su campamento en tierra firme, y que al caer la noche se inició una tormenta.

Estaba pensando en las mujeres, los niños, los sacerdotes..., en los últimos supervivientes de sus derrotados ejércitos..., amparándose todos tras los muros de su ciudad, entre sus joyas y objetos de plata, con aquellos grandes cofres de tesoros consagrados a unos dioses que no iban a poder salvarlos.

–Se inició una galerna –repitió.

–La galerna que duró sólo una noche –asintió Bernardo, animándole a continuar.

–Llegó del norte –prosiguió Salvestro dejando a un lado sus pensamientos–. Una terrible galerna, la peor que habían conocido nunca. Las olas se abrieron paso a través del hielo y los vientos se llevaron en volandas los barcos. El mismo hielo se partió en grandes bloques... Fue la galerna más espantosa a la que jamás haya sobrevivido un hombre, y Enrique y su ejército no pudieron hacer otra cosa que rezar para que se calmara...

–Y Dios escuchó sus oraciones –le interrumpió Bernardo. Salvestro lo miró con severidad.

–Sí, Bernardo..., eso es. La galerna se fue tan de repente como había venido. Al alborear, no había ni una sola nube en el firmamento. Cruzaron el canal por los bloques de hielo partidos, y después avanzaron a través de la isla. Vineta estaba en una punta de tierra que se adentraba en el mar. Ascendieron a lo alto del promontorio...

–¿Y qué vieron entonces? –estalló Bernardo.

Salvestro observó al gigantón a través del fuego. Estaba en tensión, y jugueteaba nerviosamente con los pulgares aunque sabía la respuesta tan bien como él mismo.

–Nada –dijo Salvestro–. Vineta había desaparecido. En el lugar

donde estuvo tan sólo se veía agua. La galerna la había desgajado con el terreno en que se alzaba, y precipitado a ambos al fondo del mar.

Aquí solía concluir la narración su madre. Y el pequeño quedaba en suspenso, paralizado en el promontorio, contemplando el mar a sus pies como si se contara realmente entre aquellos conquistadores y fuera presa de su mismo chasco. Miró a Bernardo, que se balanceaba ahora de atrás adelante sobre sus caderas, murmurando:

–Pero Vineta sigue allí..., con sus templos y sus tesoros...

Y también con sus habitantes. Así se lo aseguraba su madre. Nuestra gente... Y le decía que, cuando el mar estaba en calma, se les podía ver caminando por sus calles acuáticas. Svantovit estaba allí abajo con ellos. No pudo salvarlos, pero tampoco abandonarlos. De nuevo divagaban sus pensamientos.

–Entonces..., ¿qué son aquellas ruinas? –preguntó Bernardo, y por una vez Salvestro agradeció su interrupción. No quería pensar en Svantovit. No quería pensar en su madre.

–¿Ruinas?

–Las del acantilado, desde donde me contaste que se quedaron contemplando el agua. Hay unas ruinas allí.

Salvestro tardó un instante en comprender. El día anterior habían ido los dos a la playa, y le había indicado a su compañero un punto de la costa donde la tierra se elevaba y penetraba unas decenas de metros en el mar. Su extremo acababa abruptamente, como si la galerna la hubiera partido con un tajo de espada. «Allí», le había dicho mostrándole una zona del mar frente a ellos. «Vineta está allí.» Bernardo había asentido con la mirada fija en aquel punto, y luego había vuelto a mirar hacia tierra, a la parte más alta del promontorio.

–No son unas ruinas –le explicó Salvestro una vez superada su perplejidad–. Es la iglesia. La construyeron después de haberse hundido Vineta. Para montar guardia, dicen los isleños. La habitan unos monjes.

Una sombra de duda, con la que Salvestro estaba más que familiarizado, se extendió despacio por el rostro de Bernardo.

–Si es una iglesia... –replicó el hombretón–, ¿cómo es que la mitad de ella está en el mar?

La iglesia, en efecto, le había parecido *diferente* al propio Salvestro. Pero se dijo que habían pasado muchos años desde la última vez que la viera, y más aún desde la última vez que se fijó en ella. Ciertamente existía un monasterio allí arriba, pero nadie subía jamás hasta él. Y, que recordara, nadie había hablado jamás con los monjes, sólo entre-

vistos a lo lejos como figuras arropadas en hábitos grises moviéndose por las tierras de sus dominios.

–Tal vez se ha hundido en parte –respondió con un encogimiento de hombros–. Pero, en cualquier caso, no importa. Los monjes no nos molestarán. Y, ahora, durmamos un poco. Mañana repararemos el tonel y lo probaremos una vez más en la charca. Luego hablaré con Ewald acerca de la barca.

Hubo un silencio. El fuego crepitaba sordamente.

–Y de las camas –dijo Bernardo.

–¿Qué?

–Que le dirás también a Ewald lo de las camas.

–Bernardo..., yo no...

–De las camas que me prometías cuando me dijiste: «Mira, Bernardo..., tendremos comida abundante, un techo sobre nuestras cabezas y buenas camas para dormir». De esas camas, precisamente. Las que iba a poner a nuestra disposición tu viejo amigo Ewald..., junto con el techo, que tiene goteras cuando llueve, y con la comida, que hasta donde puedo decir se compone sólo de pescado, pescado y más pescado aún. La verdad, Salvestro..., estoy harto de pescado; harto de dormir en el suelo y dentro de este apestoso cobertizo que ni un perro querría para vivir.

–No es un cobertizo, sino una cabaña. Y, en cualquier caso, no está tan mal...

–¡Que no está tan mal! –estalló el gigante–. Hace frío. Está húmeda... Preferiría verme de nuevo en Prato yaciendo boca abajo en el barro... O atrapado por la nieve en lo alto de una montaña. Prometiste camas, y mira lo que tenemos. Mejor estaría dentro de una zanja que aquí. ¿Cómo puedes decirme que no está tan mal?

–Calla de una vez, Bernardo.

Estaba cansado. No quería oír todo aquello.

–No, si te lo pregunto en serio... Quiero saberlo. –Bernardo se puso en pie e hizo un gesto señalando a su alrededor, malhumorado–. ¿Cómo puedes decir que no está tan mal, eh, Salvestro? –El hombretón subrayó sus palabras con una patada en el suelo y escupió al fuego.

Hubo un corto silencio antes de que Salvestro respondiera:

–Supongo que no la encuentro tan horrible porque estoy acostumbrado a ella. Aquí es donde nací.

Otro silencio más largo prolongó el de antes.

–¿Aquí? –dijo al cabo Bernardo, tratando en vano de evitar una nota de incredulidad en su voz. Su titubeo era evidente.

Salvestro se dio cuenta de que ya no había ningún afán beligerante en él. Los arranques de ira de Bernardo jamás duraban mucho.

–Vivimos aquí un tiempo –explicó–. Mi madre limpiaba pescado para el padre de Ewald.

Un gruñido por parte de Bernardo mostró que estaba tratando de digerir la noticia.

–Y por eso sois amigos Ewald y tú... –aventuró.

–Sí –asintió Salvestro.

Alzó la vista a los arenques que colgaban por encima de sus cabezas, dispuestos en filas. ¿Cuántos había atado él por las agallas y subido allí? ¿Centenares? ¿Miles? ¡Bancos enteros!

–Pues no me dio la impresión de que se alegrara mucho de verte –apuntó Bernardo–, teniendo en cuenta que sois tan viejos amigos... No me pareció entusiasmado. En realidad, creo que se sobresaltó.

Salvestro se encogió de hombros y su pensamiento voló dos semanas atrás, al momento en que había llamado a la puerta de la cabaña de Ewald. ¿Qué había esperado del hombre que salió a abrir y que se quedó plantado en el umbral sin reconocerlo al principio y que luego, al hacerlo, fue incapaz de evitar que el peso de su propia mandíbula lo dejara boquiabierto? ¿Alegría acaso? Los ojos de Ewald habían ido a fijarse de inmediato en el silencioso gigante que tenía a su espalda. La expresión de su rostro había sido más que de sobresalto. ¿Consternación quizá?

Luego, una vez se hubo recobrado del susto, su bienvenida fue tardía y no muy cordial. Bernardo y él podrían alojarse en el secadero, el antiguo hogar de Salvestro. Les prestó el tonel y unas cuantas mantas viejas, e incluso se comprometió a dejarles su barca cuando hubiera concluido la temporada de pesca... Pasado mañana... De nuevo un pensamiento que Salvestro prefería alejar de su mente.

–Me creía muerto –dijo a su compañero–. Pero éramos íntimos antes. Hace mucho tiempo.

Más aún que íntimos, pensó. Ewald había sido su único amigo en la isla. Y decir la isla era como decir el mundo entero. Ahora, a través del fuego, vio bostezar a Bernardo. El hombretón perdía interés en la conversación. Fuera cual fuese el fundamento real de su queja, estaba amainando, o evaporándose..., o rezumando al exterior de su espíritu. La cabaña era ciertamente un helero, estaba húmeda a más no poder... Apestaba a pescado, como siempre. Recordaba la imagen de su madre sentada donde él estaba ahora, abarcando con una mano un cuerpo plateado y manejando el cuchillo con la otra.

Limpiaba la pesca para el padre de Ewald y para otro hombre. Cuando le traían las capturas, él y Ewald tenían que aguardar fuera del cobertizo y solían irse a jugar al bosque. A veces se peleaban, pero Ewald llevaba siempre las de perder. Él le enseñó a su amigo tres caminos para cruzar la turbera y cómo colarse en el desván de los Haase a robar coles. Salvestro intentó enseñarle a nadar. Compartían, en suma, todos sus secretos.

Solía salir corriendo al encuentro de la barca cuando la varaban en tierra, pero Ewald jamás le dirigía la palabra delante de su padre y éste se santiguaba al verlo llegar y miraba a otro lado. Pasaba los demás días vagando por la isla y buscando cosas que contarle luego a su amigo. En el lado este de la isla crecían ciruelas silvestres en lo que había sido un huerto, ahora cubierto de una maraña de ortigas y flexibles retoños de fresnos. En las charcas de la turbera nadaban infinidad de pececillos, y las anguilas salían a la orilla de noche para cruzar la estrecha franja de tierra, serpenteando entre los juncos que crecían cerca de Koserow. Había aprendido a nadar bajo el agua con los ojos abiertos y conteniendo la respiración hasta no poder más... Le explicó a Ewald todas estas cosas..., pero no eran sus secretos más valiosos. Los buenos, los de verdad, eran aquellos que le contaba su madre.

Fue su madre quien le dijo que los lobos iban en manadas, que tenían los ojos amarillos y podían ver en la oscuridad. Según ella, se parecían mucho a los perros, pero más grandes y de patas más largas. Los espantaba el fuego. Los osos, en cambio, no se asustaban de nada. Cuando se encaramaban sobre sus patas traseras, su estatura doblaba la de un hombre. Podían correr como el viento, trepar a los árboles..., y disfrutaban devorando niños. Pero no sabían nadar y, por esa razón, no había osos ni lobos en la isla. «Si alguna vez te ataca un oso», le aleccionó, «corre hacia el mar.» Todas estas cosas eran propias de la tierra firme, del continente, donde él no había estado nunca. En ocasiones, desde el extremo sur de la isla había visto hombres cabalgando arriba y abajo por el camino que seguía la costa. Seguía con la mirada los barcos de pesca cuando navegaban hacia el este por la mañana y al oeste al anochecer. Su madre le explicó que amarraban en un gran puerto distante costa abajo.

Le hablaba de todo ello mientras limpiaba el pescado. Trabajaba al resplandor de la lumbre, guiándose sólo por el tacto. Y el pequeño la veía deslizar el cuchillo por el vientre hasta encontrar el ano, y después, zas, zas, un par de rápidos movimientos arriba y abajo, con un giro de

la hoja para desprenderlas, y las tripas salían sin más. Él se encargaba luego de atar los pescados por las agallas y colgarlos del techo. Se sentaba enfrente de ella mientras trabajaba y, si le daba demasiado la lata con sus preguntas, su madre hacía un brusco giro con la muñeca y las tripas salían disparadas y le alcanzaban en el rostro. Jamás erraba el tiro. Una vez incluso fueron a darle en plena boca. Le fascinaba la agilidad de sus manos trajinando en la penumbra de la cabaña, la blancura del vientre de los pescados, los fugaces destellos del cuchillo, la pulsera de plata que se agitaba y golpeaba en su muñeca... En cierta ocasión le dijo que debería quitársela para trabajar, pero ella replicó que sabía de alguien que lo había hecho y se le extravió. Esta que llevaba la había encontrado en la playa después de una tormenta, arrojada a la orilla por las olas. No recordaba qué edad tenía entonces. Pero... ¿le gustaría saber de dónde había salido aquella pulsera?

Y él había asentido.

Ahora, recordándolo, se daba cuenta de que aquello fue el comienzo. Lo que le había hecho volver o, tal vez, lo que lo impulsó primero a abandonar aquel lugar. Sus ojos vagaron por la cabaña en la que su madre le había contado aquellas historias. La mayoría de los habitantes de la isla la evitaban. Pero eran muy diferentes madre e hijo. Vineta los hizo diferentes. Vineta y los dioses que ella veneraba.

Le habló de Svantovit, que tenía cien ojos y vivía en el firmamento. Según su madre, solía dormir sobre el humo de sus hogueras pero, cuando éstas se extinguieron, cayó en el mar y se ahogó. Hoy lo único que podía verse de él eran sus garras. La gente que vivía allí ahora las tomaba por islas, pero ella sabía muy bien que eran las garras del dios. Había tratado de emerger del fondo del mar, pero las aguas pesaban abrumadoras sobre sus lomos y lo retuvieron allí hasta que se ahogó; aunque aún había lugares en la isla donde seguía mostrándose poderoso. El chico fingió no haberla entendido, pero sabía que se refería al encinar. Una noche la había seguido hasta allí, deslizándose sigilosamente entre la maleza. Se agazapó bajo las zarzas y la vio recoger leña en el claro. La encina que había en el centro se alzaba dominando las playas, aunque el peso de sus ramas las curvaba hacia abajo hasta tocar prácticamente el suelo. Vio a su madre encorvar el cuerpo y erguirlo en una sucesión de movimientos cada vez más cerca del árbol. Sus cabellos eran más negros que los de ninguna otra mujer de la isla. La oyó gritar palabras que no comprendía. Y luego había retrocedido a gatas, sin dejar de mirarla..., hasta que sólo pudo ver a lo lejos el grue-

so tronco y una blanca figura borrosa abrazada a su base. Dio media vuelta y escapó corriendo.

Otro día le contó que Svantovit había sido poderoso en toda la isla, y también en el continente. Que el pueblo que le rendía culto construyó allí una gran ciudad. Pero que luego sobrevinieron una guerra y una gran tempestad. Aquella ciudad, le dijo, se llamó Vineta.

Y después le explicó todo lo demás, tantas veces como se lo pidió, hasta que él se aprendió aquel relato de memoria. A partir de entonces el muchacho empezó a explorar las playas del norte, pisando sus arenas dominadas por el monasterio, que se alzaba en el extremo del promontorio como ceñudo guardián del mar. Rara vez las barcas de pesca arrojaban sus redes en aquellas aguas. Cuando oyó decir al padre de Ewald que, si las echaban allí, salían vacías y a menudo rotas, imaginó a Svantovit desgarrándolas para devorar las capturas. Jamás encontró nada en esas playas, salvo cangrejos y maderas rotas arrojadas por el oleaje. Trataba de representarse al propio Svantovit, pero si su garra tenía el tamaño de una isla, su cuerpo entero debía ser mayor que cualquier otra cosa que hubiera visto hasta entonces, a excepción del cielo y el mar. Tiraba piedras a las cabras hasta que el pastor le obligaba a escapar corriendo, contemplaba los barcos que navegaban por el Achter-wasser, iba a hacer sus necesidades en la charca que había detrás de la rectoría de Riesenkampf, que ya exhalaba una pestilencia delatora... Pero Svantovit y Vineta eran, con mucho, sus mejores secretos.

Había estado esperando bajo el hayedo, como de costumbre. Vio cómo los hombres metían los toneles de pescado en la cabaña de su madre, mientras Ewald zanganeaba detrás. Cuando los hombres estuvieron dentro, hizo una seña y Ewald vino corriendo a su encuentro. Llegó sin aliento pero, en vez de hablar, se limitó a agarrarlo por la muñeca y los dos partieron a la carrera en dirección al bosque. Ewald tenía un secreto que contarle, algo mucho más importante que las anguilas y los pececillos de las pozas entre la turba.

Dejaron atrás el cobertizo de los arenques, las colmenas de los Rondsdorff, y en un momento dado Ewald lo atrajo hacia sí de un tirón y le anunció que lo que estaba a punto de mostrarle era su gran secreto, que no debía revelar nunca a nadie, y le exigió un juramento de silencio. Él se apresuró a comprometerse a guardarlo. En realidad, no tenía a nadie más con quien compartirlo.

Reanudaron la carrera. Pasaron junto al monasterio y después se abrieron camino a través de los extraños montículos próximos a Krumminer. Tras la siguiente subida se hallaba la granja de Stenschke. Bordearon a hurtadillas el gallinero y atravesaron el patio. El perro de Stenschke conocía a Ewald y se limitó a amusgar las orejas, pero, aun así, él se llevó un susto. Stenschke le había soltado al animal una vez que se le ocurrió pasar por las lindes de sus tierras, ante las voces de sus hijas que gritaban que el Salvaje quería pillarlas. Así le llamaban los demás niños: el Salvaje. Pero no Ewald. En aquella ocasión, el perro había salido corriendo tras él, pero lo despistó en la turbera. Ahora Ewald se agazapó y apretó la cara contra la pared de la casa. Podía oír un apagado parloteo procedente del interior. Ewald se levantó y le hizo una seña. Había una rendija para fisgar por ella. Se agachó también y ocupó el lugar de su amigo. Dentro estaban las hijas de Stenschke. Vertían agua una sobre otra y las envolvían nubes de vapor mientras se restregaban, aclaraban y soltaban las blancas sábanas que envolvían sus cuerpos, desnudos bajo ellas. Las contempló, consciente de que Ewald espiaba su reacción. Pensaba en las confidencias que le había hecho a su amigo: las ciruelas, las pozas en la turbera, las anguilas..., enseñarle a nadar. El secreto de Ewald era algo completamente distinto.

Regresaron por el atajo del bosque. Los arbustos de retoños de fresnos empezaban a hacerlo intransitable y Ewald hubiera querido ir por el camino más largo, pero siguió adelante. Le dijo que, decididamente, se casaría con Eva, porque su padre tenía amistad con Stenschke, que en ocasiones le había pedido prestada la barca. Erica no estaba nada mal tampoco. Pero..., ¿por qué permanecía tan callado?

Pensaba en las tres chicas, en su juego de derramar el agua sobre sus cabezas, en sus brazos torneados rojos por el vapor... Y en el perro persiguiéndolo por la turbera, en su huida. Ewald caminaba a su lado, pero su charla era distante, como un tañido lejano. Estaba anocheciendo y los árboles eran negros esqueletos proyectados confusamente hacia el cielo. Casi habían llegado al claro. Se paró y Ewald se detuvo también. Sabía cuál era el secreto que iba a revelarle. Le exigió el mismo juramento que él había prestado antes y los dos avanzaron en silencio hasta llegar frente a la encina. Se desnudó diciéndole a su amigo que hiciera lo mismo, y después, unidas las manos, se abrazaron al tronco y empezó a hablarle de Svantovit. Cuando le contó lo de las islas y le dijo que eran las garras de Svantovit, Ewald se puso a dar gritos tratando de soltarse. La encina parecía enfriarse cada vez más. Era de

noche y las nubes ocultaban la luna. Ewald se debatía, pero él lo tenía aferrado por las muñecas y no lo soltaba aunque los tirones que daba para librarse le aplastaban el pecho contra la rugosa corteza del árbol, que se lo rasguñaba. Las palabras que afloraban a sus labios eran ásperas, guturales: la misma cantilena repetida una y otra vez. Las oyó perderse en el bosque y dar paso otra vez al silencio, al restallido y el roce del ramaje agitado por el viento, al secreto crujir de las raíces. Finalmente, sus manos soltaron al cautivo, y Ewald escapó por el bosque dando gritos. Volvió a vestirse lentamente. De camino a la cabaña, empezó a pensar en lo que acababa de hacer.

Ahora, al cabo de los años, se daba cuenta de lo que había hecho. Bernardo estaba inmóvil a su lado, dormido ya tal vez. Pero no... «Lo supe ya entonces», se dijo. «Le conté a Ewald mi mayor secreto porque los secretos de Ewald eran más importantes que los míos.»

A la semana siguiente no trajeron la pesca. Jamás había ocurrido antes. Estuvo aguardando la llegada de su amigo hasta el anochecer, en el bosquecillo de fresnos, pero nadie vino. Su madre tuvo que llamarlo a voces para que regresara a la casa. También ella estuvo esperando toda la semana siguiente pero, cuando el padre de Ewald dejó de presentarse por segunda vez, le pidió que la ayudara a construir un secadero. El hedor dentro de la cabaña comenzaba a ser insoportable: los arenques estaban empezando a pudrirse. Se puso a construir el secadero en la linde del bosque, al extremo del claro en que se alzaba su cabaña, y comenzó a hacer viajes acarreando haces de leña. Al descargar el último, miró al suelo y descubrió huellas de pisadas en la tierra, muchas y confusas, y algo más allá, detrás de unos pequeños alisos, dos huellas más profundas que las otras, como si un hombre hubiera permanecido allí inmóvil durante varias horas.

No debería haberle contado a Ewald el secreto de su madre. La hojarasca crujía bajo sus pies y las zarzas se le enganchaban en la camisa mientras rastreaba el bosque alrededor de su hogar. Dejó los senderos y se escurrió por entre la maleza, escudriñándolo todo a derecha e izquierda. Hizo lo mismo cada noche, y en una ocasión le pareció ver la figura de un hombre, muy lejos y apenas visible entre los árboles iluminados por la luna. Pero, mientras lo observaba, el hombre dio media vuelta y se confundió con la noche. Tal vez fuera el hombre que había dejado sus huellas cerca de la cabaña..., tal vez se tratara de otro. Pero sabía por qué estaban allí aquellos hombres y de dónde venían. Svantovit estaba furioso y había enviado esos demonios para espantar-

lo. Por la noche soñaba con cabezas saliendo del mar, cuerpos caminando por las arenas de la playa, hombres que venían en su busca para llevarlo a rastras a Vineta. Tenía miedo de lo que había hecho. Pero parecían estar esperando algo y se preguntaba qué podría ser. Si no venían por él, venían por su madre... Quería contárselo todo, pero no lo hizo. No le dijo nada.

Una noche, al cumplirse la tercera semana, su madre se levantó inesperadamente y salió de la cabaña. Estuvo a punto de decírselo entonces pero, en lugar de hacerlo, aguardó a que el ruido de sus pasos se desvaneciera y la siguió.

El verano llegaba a su fin y los rayos de luna se filtraban a través de los rasgones del dosel de follaje. Caminó sigilosamente hacia el bosque, imaginando que en cualquier momento aparecería su madre, lo agarraría por el cuello y lo obligaría a volver a la cabaña. Ya estaba cerca del bosquecillo de encinas cuando los vio: dos hombres completamente inmóviles, escondidos entre los troncos de los árboles, apenas reconocibles a aquella distancia, que observaban el claro. Se detuvo en seco sobre sus pasos y fue a esconderse detrás de un arbusto. Los dos hombres se miraron entonces y, al volverse a medias, vio que uno de ellos era el padre de Ewald. Luego echaron a andar. Pensó en adelantarlos dando un rodeo. Un sotillo de saúcos lo ocultaría a su vista; podría correr sin que lo vieran y alcanzar el claro antes de que llegaran hasta allí. Se incorporó e iba a salir corriendo cuando una mano recia lo atenazó por la garganta, otra le tapó la boca y se vio levantado en el aire. Era el hombre de la barca, el que jamás le hablaba, y había otro con él. Se retorció como una anguila, pero no tenía posibilidad de escapar. Los que lo habían capturado hicieron una señal a los otros y el que lo tenía asido se lo puso debajo del brazo como si fuera un haz de leña. Intentó gritar, pero la mano seguía taponando su boca. Y mientras lo trasladaban así a la cabaña, vio que los otros dos reanudaban la marcha en dirección al claro del bosque.

Estuvo debatiéndose contra su captor con todas sus fuerzas, pero el hombre lo tenía bien sujeto y vencía fácilmente su resistencia; caminaba a grandes zancadas en un torvo y obstinado silencio. Hasta que se hartó y, descargándolo en el suelo, le propinó tres pescozones. Los golpes lo aturdieron y lo dejaron casi mareado. La luna seguía danzando por el cielo, con un intenso resplandor blanco que penetraba profundamente en la oscuridad, apareciendo y desapareciendo a intervalos. De la negrura del bosque surgió un débil grito, que se elevó y fue a

perderse en la desnudez del cielo. ¿Su propio grito? Iban a meterlo de cabeza en el aljibe del agua. Notó que lo levantaban por los tobillos, que le aprisionaban los brazos en el momento de bajarlo y, en seguida, el agua se cerró en torno a su cabeza y se encontró sumergido patas arriba en la oscuridad, atrapado, manoteando y dándose locos cabezazos contra las paredes de madera del aljibe. Se ahogaba.

Fue el padre de Ewald quien lo salvó. De pronto lo sacaron de allí dentro y lo arrojaron al suelo para que tosiera y vomitara el agua que había tragado. Cuando alzó la vista, los cuatro hombres estaban de pie a su alrededor, observándolo. Al borde del bosque, otros hombres sujetaban una forma blanca que agitaba sus miembros, tratando de atarla con algo. Una mano le amordazó la boca, al igual que a ella, que no apartó la vista de su hijo mientras lo llevaban a rastras hacia la playa, donde aguardaba un pequeño bote. Estaba demasiado espantado para intentar huir.

El bote se alejó de la orilla. Remaba un hombre y otro estaba sentado de cara a él. Durante un rato no hubo más que silencio, quebrado sólo por el chapoteo de los remos y la respiración jadeante del remero. Vio empequeñecerse la isla, hasta no ser más que una mancha oscura a popa. Luego el otro hombre empezó a rezongar diciéndole que era la sabandija más afortunada y que deberían haberle dado su merecido en el aljibe. Que los de su clase eran unos malditos paganos, engendros del demonio. Que no tenían otro deseo que el de envenenar con su ponzoña las almas de los niños cristianos.

Ya habían rodeado el cabo de la isla. La línea de la costa se perdía a lo lejos y estaban dirigiéndose a la mar abierta. El otro hombre le gritó que no le mirara a los ojos, que conocía todas las artimañas que los de su clase solían gastar.

Pero él estaba embotado y las palabras no eran más que un ruido, como los jadeos que notaba a su espalda. El que remaba seguía callado. Vio que el otro extraía del bolsillo dos varas de cuerda, y se quedó rígido como si ya lo hubieran atado de manos y pies. El que remaba dejó de hacerlo. Sintió que el bote se balanceaba. Al notar que el otro extendía los brazos para agarrarlo, sus miembros de deshelaron de súbito. Dio un salto hacia delante y se arrojó al agua.

Por segunda vez en aquella noche sintió la impresión del frío. Se sumergió cuanto pudo y buceó hasta que la sangre empezó a martillearle las sienes y sintió sus pulmones a punto de estallar si no salía. Asomó a la superficie a unos diez metros del bote. Sus ocupantes esta-

ban de pie en él, uno a cada costado, escudriñando el mar y aguardando a que reapareciera. Calculó que la costa de tierra firme se hallaba a menos de una milla. Jamás lo atraparían. Y empezó a nadar hacia ella. Mientras cortaba las suaves ondulaciones, con las negras aguas del mar ayudándole a mantenerse a flote y la corriente empujándolo hacia la costa, se sintió invencible. Nadó como un pez, luego como una foca... Podría seguir nadando indefinidamente. Se tendió de espaldas y flotó así un buen rato, contemplando el cielo mientras notaba deslizarse las corrientes bajo él. El mar lo sostenía blandamente, borboteando con un suave murmullo en el que creyó oír el rumor de innúmeras voces surgiendo de las profundidades. Podía bucear bajo la superficie y recorrer las pocas brazas que lo separaban de la ciudad, o quedarse flotando allí mismo, balanceándose entre el mar y el firmamento, acunado en su mutuo acuerdo. Eran un pueblo acuático; las aguas estarían siempre de su parte. Y aquél era un mar extraño, casi dulce, casi sin mareas, que lo llevaba a la seguridad de la orilla.

–Y allí siguen aún, Bernardo. Todos allí aún con cuanto poseían: sus casas, sus calles, sus templos llenos de plata... Vineta se hundió entera. ¿Me escuchas? ¿Oyes lo que te digo, Bernardo?

Pero Bernardo dormía a pierna suelta envuelto en su manta: un gigante con la boca abierta de par en par. Su compañero se puso a escuchar la cadencia de sus ronquidos, sus atronadores avances y repliegues... Hasta que por debajo de ellos le pareció oír un rumor totalmente distinto, latente en el silencio de la noche: el eco mortecino de las tormentas que se disipan ya, o el mudo estremecimiento del agua al transformarse en hielo. Pensó en los primeros hombres que posaron sus ojos incrédulos en aquella extensión de mar, en el ejército de los invasores detenido en el extremo del promontorio mientras la ciudad desaparecía en las aguas y levantaba una gran ola que subía por el acantilado hasta alcanzarlos. Sus pensamientos iban y venían, con su mente subiendo y bajando, permitiendo que los flecos de las ideas se desenmarañaran en la serena pregunta del mar, separándose como los líquidos se disuelven en otros líquidos, o los propósitos concretos flaquean en necesidades más amplias. Vineta respondió, saltó de un mar tranquilo para exigir el tributo del descorazonamiento de los soldados: la ciudad hecha irreal, a la espera de tragarlos y ahogarlos dentro de sí mismos. Y él se hallaba allí arriba con ellos, paralizado en la feroz tensión del instante, en el mudo estupor de su frustración.